

# Francia y los nadies

JAIME AROCHA



ESCRIBO ANTES DE LAS ELECCIONES, expectante por el apoyo a Francia Márquez. Consistirá en un reclamo airado por el ninguneo al cual la han sometido miembros de la coalición con la cual se afilió. “Soy porque somos” sintetiza el sentido de la filosofía sudafricana del *ubuntu*, eje del programa de gobierno que ella ideó con el apoyo de destacados miembros del Proceso de Comunidades Negras, como Carlos Rosero, a quien le conejearon su renglón para el Senado. Esas palabras consisten en brújula certera para guiar el futuro de la nación colombiana. Sin embargo, no es menor el reto que encierran. Hoy en día, al “somos” lo compromete aquel relato sobre la formación nacional que persiste en inferiorizar a los pueblos de ascendencia africana. De ahí que Francia insista en hacer explícito el lastre que representa el racismo estructural. No obstante, derrotarlo será cuestión de desmontar aquello que Harari ha llamado el “instinto aprendido”, es decir, la conducta que se vuelve mecánica y hasta inconsciente, luego de que la sedimen-

tan pedagogías reiteradas a lo largo de años.

No he dejado de pensar en ese proceso desde que leí el libro del historiador Alfonso Múnera, *La independencia de Colombia: olvidos y ficciones, Cartagena de Indias (1580-1821)*. Su primer capítulo deja entrever una didáctica de la subvaloración iniciada hacia 1580, la cual parecería reñida con el cosmopolitismo que ese puerto ganaba por la presencia de comerciantes y corsarios holandeses, franceses e ingleses que itineraban por todas las Antillas y las costas venezolanas, con discursos, periódicos y libros con las ideas que para ese entonces eran las más avanzadas de Europa. Negociaban con los judíos portugueses que manejaban el desembarco y la venta de cautivos y cautivas africanos, inseparable de los chanchullos a las aduanas. Degradados como “negros”, descendían de decenas de civilizaciones subsaharianas y congoleñas, y se comunicaban en un centenar de idiomas. El grueso de las enormes ganancias de los esclavistas dependía de la apropiación violenta del trabajo y cualidades mentales de la gente africana.

A los muelles de Cartagena llegaba la Flota de Galeones, a la cual la componían por lo menos 80 grandes barcos que permanecían fondeados dos meses. La espera obligada de tripulantes y negociantes incentivaba jolgo-

rios en las múltiples tabernas de la ciudad, donde amas de la aristocracia llevaban a sus esclavas para que desempeñaran “oficios *non sanctos*”. Les exigían entregar el jornal que recibían, se reservaban el derecho de vender la prole que parían, al mismo tiempo que las convertían en amas de leche de hijas e hijos de los blancos.

Otra publicación del mismo historiador, *Fronteras imaginadas*, enseña cómo durante los siglos XVIII y XIX nuestra crema y nata intelectual le dio estatus científico a la tesis de que, por sus anatomías, los “negros” quedaban restringidos a los climas tórridos, eran en extremo libinosos y al mismo tiempo incapaces del raciocinio abstracto. Fue una estrategia “experta” para crear “nadies”, como Eduardo Galeano denominó a la gente racializada, calificativo del cual Francia se apropió para aglutinar partidarios de su utopía.

Los resultados de las elecciones del 13 de marzo dan cuenta de que, por primera vez en la historia colombiana, Francia surgió como esperanza de una fuerza política femenina, feminista, negra y afrodiaspórica. Ella nos pone más cerca de un somos que nos haga sentir más dignos de nuestro ser.

*\* Miembro fundador del Grupo de Estudios Afrocolombianos, Universidad Nacional, y profesor de Antropología, Universidad Externado.*